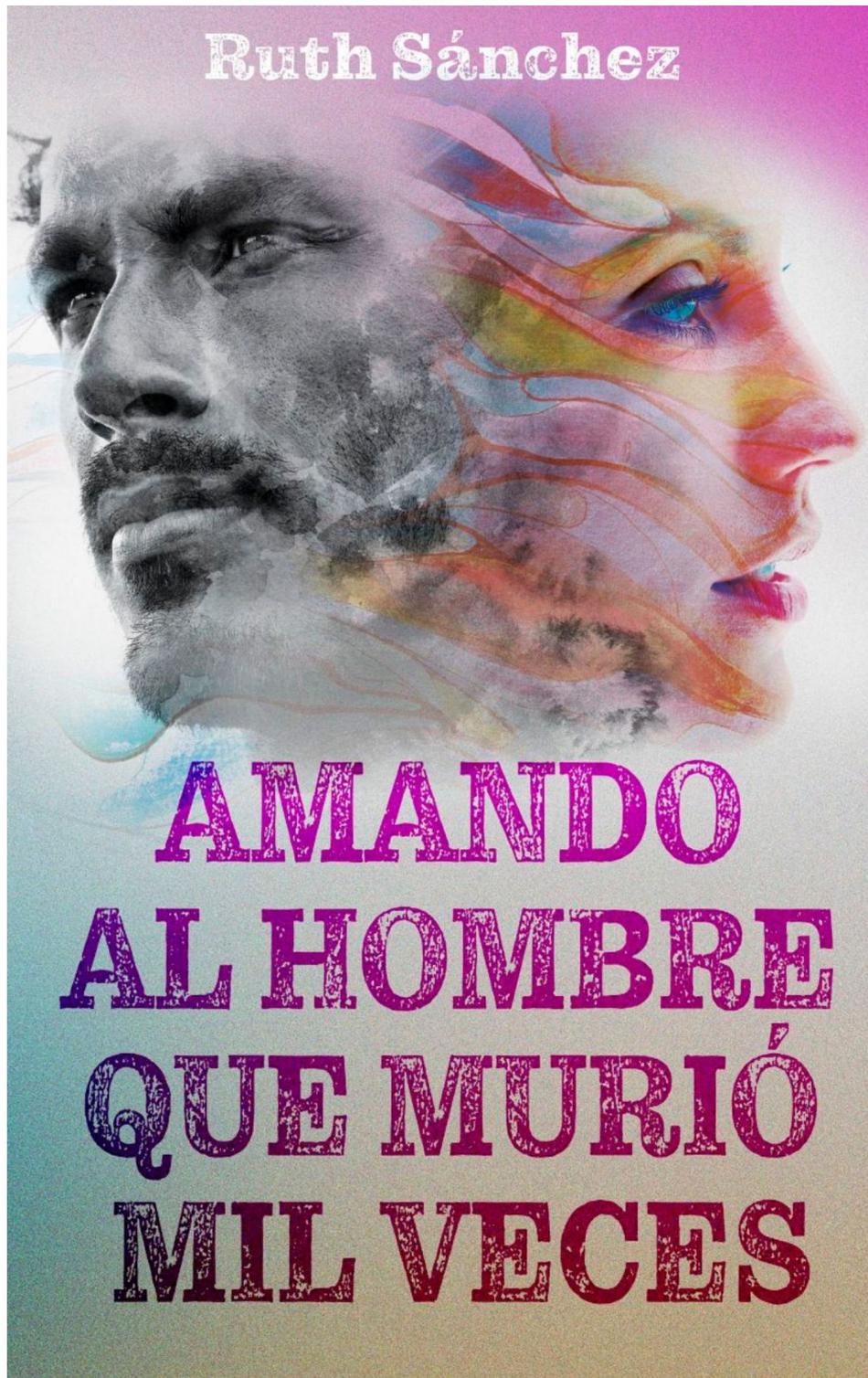


Amando al hombre que murió mil veces

Ruth Sabal



Capítulo 1

Capítulo 1. Encuentros iniciales.

Ford

Me desperté atontado. La fuerte luz blanca encima de mí, me cegaba. Me sentía mareado. Traté de levantarme, pero mis manos estaban dentro de unos aros de cuero amarradas. Noté que tenía en mi vena una vía que sacaba sangre de mi cuerpo hasta una bolsa que se llenaba. Junto a mi había una mujer que estaba igual que yo. No sabía cuánto me habían extraído ya, pero me sentía aturdido. El lugar era perfectamente blanco, impecable. Llegaron unos hombres con batas blancas, mascarillas y lentes. No lograba ver sus caras.

—¿Qué me están haciendo? ¿Dónde estoy? —pregunté tratando de enfocar mi borrosa mirada, sacudiendo mis manos intentando sacarlas de los aros de cuero.

La mujer junto a mi también comenzó a hablar haciendo reclamos y profiriéndoles maldiciones.

Los hombres hablaban entre ellos ignorándonos completamente, comenzando a desatarnos.

—¡Por favor! ¡Contéstenme! ¿A dónde me llevan?

Yo me sacudía, pero eran varios y nos tenían dominados, además que el atontamiento y la debilidad no ayudaban en nada. Nos habían drenado casi completamente y no entendía por qué.

La mujer se mostraba aún más afectada que yo, se tropezaba y trastabillaba. Los hombres la tomaron por ambos brazos y la llevaban, sus pies iban a rastras por el suelo.

A mí también me tomaron, pero yo podía caminar. Salimos de ese laboratorio y en la puerta un hombre en bata saludó al par que me llevaba. Ellos me soltaron sentándome en el suelo, recostado de la pared, supongo que de verme tan atontado pensaron que no haría nada.

Miré un pasillo largo con corredores a los lados, como si fuera un laberinto. Empecé a sentir un estallido de adrenalina dentro de mí detonado por la posibilidad de escapar. Así que, sin más, corrí. Corrí sin mirar atrás y lo más rápido que pude, no sabía hacia donde iba, comencé a cruzar en los pasillos que encontraba, tratando de cambiar

aleatoriamente de dirección.

Mientras escapaba a toda mi capacidad, en un cruce, choqué con una mujer. Rebotamos fuertemente uno en el otro, ella cayó más hacia atrás pues su masa era obviamente menor.

La miré y me hizo recordar a Naty, mi esposa. Era tan bonita como ella, tenía el cabello rubio largo y recogido con una coleta, un rostro dulce, pero más que eso unos expresivos ojos color azul que no ocultaban nada de lo que sentía. Se veía firme y fuerte. Yo la ayudé a levantarse sin saber quien era, pensé que era otra persona como yo, allí.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Ella se quedó mirándome hipnotizada, como si yo fuera un fantasma o una visión, colocando sus dedos sobre sus labios. Luego salió de ese estado y sin aviso sacó un arma de electrochoque y me dijo que me detuviera. Yo la miré confundido y en ese instante noté que tenía ropa de seguridad, no me había fijado por lo alterado que estaba y comprendí tardíamente que había ayudado a levantar al enemigo.

—¿Por qué me tienen aquí? —le pregunté cansado—. ¿Por qué no me dejas ir?

Ella me miró con tristeza, lo podía ver en sus ojos. Sin embargo, habló por un comunicador que tenía en su hombro diciendo que me había encontrado, con cara de resignación. Intenté correr de nuevo, pero me disparó con el taser y sentí un calambre recorriendo mi cuerpo que me hizo caer de bruces en el suelo, mis músculos se sintieron débiles como de gelatina, me golpeé la cabeza contra el muro y quedé aún más desorientado.

En un instante llegaron los hombres de bata. Le di una mirada de rabia e impotencia a la hermosa mujer y negué con la cabeza. Hasta que no pude mantener más el conocimiento y sin saber a dónde me llevaban me desconecté de la realidad por un momento, agotado.

Ivy

Mientras caminaba por los pasillos, nuestros comunicadores empezaron a volverse como locos. Se escuchaban alarmas y alertas a cada instante. Se había escapado uno de los sujetos de prueba, "el hombre rana" y debíamos atraparlo. No entendí en aquel momento porqué los identificaban con nombres de animales, pero luego, lo haría.

“Hombre, 1.80m, cabello oscuro, ojos verdes, piel tostada”, era la descripción recibida. Empecé a caminar aprensiva por los pasillos, con sigilo buscando al hombre. Tenía que estar alerta.

Se recibió aviso de que había sido visto en el pasillo H-4, miré hacia arriba y yo estaba en el pasillo H-6, así que estaba cerca. Me apresuré a correr hasta el pasillo indicado, pero justo en el cruce, me encontré con un hombre mucho más grande que yo, fue como chocar contra un muro. Caí hacia atrás por acción del rebote, sentada en el suelo.

Al mirarlo, su descripción coincidía con lo indicado así que tenía que actuar, pero extrañamente el hombre me tendió la mano, ayudándome a levantarme y me habló diciendo: “¿Estás bien?”.

Apenas tomó mi mano, sentí su tacto y eso generó un sabor a tiramisú en mi boca, una mezcla exquisita de café, y crema de mascarpone. Era uno de los sabores más deliciosos que jamás había probado.

El sonido de su voz era de tonos naranjas y rosas como un hermoso amanecer que se levantaba alrededor de él y que yo miraba atónita. Su alma brillaba como si cayera escarcha del cielo y estaba impactada mirando a su alrededor, era iluminada como el sol, como un fuego artificial en la noche más oscura. Sin duda, era un ser hermoso, casi mágico, más luminoso que mi padre, quien generaba los colores más bellos, hasta que escuché a este hombre hablar y me tomó de la mano, dejándome sin palabras.

Pero sabía que debía detenerlo y eso hice. El hombre me miró con absoluto desprecio, pero ese era mi trabajo. Sin embargo, me preguntaba qué habilidad tendría para que lo tuvieran aquí, en el Instituto de Anomalías Físicas. Yo no le vi ninguna anomalía, a decir verdad, y me pareció que algo oscuro se entretejía detrás de este lugar. Por lo que callé mi habilidad, no quería ser un objeto de estudio tampoco.

Yo tengo una condición neurológica, poseo un exceso de conexiones neuronales en mi cerebro. Así que mis sentidos se entrelazan al percibir el mundo. En pocas palabras, puedo saborear el tacto y ver los sonidos. Soy sinestésica, y esto ha generado que tenga la posibilidad de ver materializado de alguna forma lo que transmiten las personas, su aura, su alma. No es fácil tener esta habilidad, ver a una persona muy mala, es desagradable, genera una aura caótica y aterrante, y el tacto con ellos es mucho peor.

Hay cosas que son muy hermosas de ver en colores, por ejemplo, la lluvia. Cuando llueve puedo ver como saltan esas burbujas de tonos violetas que parecen brotar del suelo, es simplemente hermosa. Sentirla

caer sobre mí es único porque el choque con mi piel genera esos deliciosos sabores dulces. Pero, por ejemplo, yo no puedo ir a una discoteca. Los bajos repetitivos de las canciones nocturnas, generan manchas negras como de humo flotante, vibrantes que se ensanchan y se achican al ritmo del bajo que vibra en mi pecho. No puedo estar en un lugar así. No me permite ni siquiera ver por donde camino.

Ford

Desperté en una celda atontado. Era completamente blanca y nueva como el laboratorio donde había estado antes. Tenía una cama, una mesa plegable que podía recogerse contra la pared para no ocupar espacio, un banquillo plástico, un retrete y un lavabo. Nada más. Era un lugar sin vida ni color, como si flotara en la nada, en lo desconocido.

No recordaba por qué estaba allí, cómo había llegado.

—Psh... —Escuché dentro de la celda y me recorrió un escalofrío de pánico que me congeló por unos segundos, pero al voltear a mirar, no había nada, no había nadie—. Psh... —Volví a escuchar y empecé a creer que un ente extraño me acompañaba, sentí terror—. Por aquí... —continuó como un susurro—, por aquí...

Intenté seguir la voz y venía de un respiradero en el techo. Tomé un banquillo plástico que había en la celda y me paré sobre él.

—¿Qué quieres? —contesté pensando que hablaba con un espíritu o algo así.

—Estoy en una celda. Me tienen atrapada aquí. Han hecho estudios conmigo.

—¡Yo también estoy en una celda! ¿Qué pasó? ¿Por qué nos tienen aquí? —pregunté inquieto.

—Hoy... ¿Estabas en el centro hematológico? Donde nos drenan.

—Sí, estuve allí.

—Eras el hombre a mi lado, ¿verdad?

En ese instante supe que hablaba con la mujer que estaba junto a mi cuando me sacaban la sangre. La que había sido sacada a rastras.

—Sí, era yo —respondí—. ¿Por qué nos tienen aquí?

—Eres nuevo, antes estaba sola. Algo especial debes tener, alguna habilidad. Seguramente no recuerdas, pero mañana lo harás. Créeme.

Yo no recordaba nada.

Un guardia golpeó la puerta y ese sonido seco y metálico nos hizo reaccionar con sorpresa. “¡Silencio!”, gritó. Me quedé esperando allí, pero la mujer, no habló de nuevo. Una habilidad, pensé, ¿qué habilidad puedo tener?, me pregunté sin entender nada.

OBRA REGISTRADA EN SAFECREATIVE 2112059968472. DERECHOS DE AUTOR RESERVADOS.

CUALQUIER COPIA PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA ES UN DELITO.

Capítulo 2

Capítulo 2. Los inicios del hombres rana

Ford

Desperté la mañana siguiente con un fuerte dolor de cabeza. Sentía como si mil agujas se me enterraran todas al mismo tiempo en el cráneo. Empezaba a recordar y era doloroso.

Vino a mi mente, cómo estos hombres me tomaron y metieron en una camioneta negra impidiéndome gritar o moverme. Me colocaron una bolsa de tela gruesa en la cabeza, me inyectaron algo en el cuello y desperté allí donde me extraían la sangre.

También recordé mi habilidad, por la que, según aquella mujer, estaba secuestrado en aquel lugar.

¡Bam! ¡Bam! Sonaron un par de golpes secos en la puerta.

—Aléjate de la puerta —gritó una voz desde afuera.

Yo retrocedí y entró la mujer del otro día. La rubia que me disparó con el taser.

Ivy

Me ponía muy nerviosa el encontrarme con él. Mirarlo, escucharlo era una experiencia sublime para mí, y me costaba manejarla. Tenía que esposarlo y demás. Rogué porque no me hablara, pues su voz desbordaba mis papilas con aquel sabor dulce y único. Más allá de la experiencia y los colores, él tenía esos bonitos ojos verdes que contrastaban con su piel tostada. Es que hasta el uniforme blanco de preso le quedaba bien, destacando sus rasgos masculinos y su definido cuerpo. Pasé la noche pensando en él.

Mientras colocaba las esposas en sus muñecas y pies me habló:

—Así que eres la traicionera de ayer. Aceptas que te ayuden, pero luego me disparas. Ya veo que tipo de mujer eres.

Sentí un desborde de dulzura en mi boca y bajé la mirada tragando

grueso. Tratando de disminuir las sensaciones que me hacía sentir.

Así que lo ignoré y seguí sin mirarlo.

—Por tu culpa sigo aquí —reclamó—. Ayer pude haber escapado.

—¡Ja! —expresé muy suavemente, burlándome de lo que recién había dicho. Que tonto al pensar que corriendo escaparía de este lugar.

Lo tomé por la cadena que unía a las esposas y halé con fuerza. Él se quejó, pero continué como si nada, disimulando todo lo que me hacía sentir. Para mí Ford era un tipo sobrenatural.

Ford

Noté que también sacaban a la mujer de la otra celda.

Ella no iba esposada y pregunté por qué yo sí. “Porque te crees escapista”, dijo el otro tipo burlándose.

Miré mi puerta y había un nombre allí “El hombre rana”. Luego miré la puerta de la otra celda y decía “La mujer salamandra”. Me pareció extraño que nos pusieran nombres de anfibios.

—¿A dónde nos llevan? —le pregunté inquieto a mi compañera de secuestro, sabiendo que nadie más contestaría mis preguntas.

—A desayunar. Al menos en eso son buenos. Nos darán un gran desayuno, para que después tal vez lo vomitemos cuando nos torturen.

Yo la miré impresionado.

—Estás esperando que diga: “Nah, es broma”, ¿cierto? —continuó riéndose—. Pues no... lamentablemente no es broma. Quizá terminemos vomitando.

Aquel comentario me dejó peor. No tenía ni idea de que me harían allí y sentí miedo.

Efectivamente el desayuno fue delicioso y abundante. Yo estaba hambriento y sediento, supuse que por la pérdida de sangre.

Al culminar nos llevaron a un lugar rectangular de muros altos, y piso de tierra. No era amplio y tampoco había nada allí, ni siquiera una silla para

sentarse.

La mujer se sentó en la tierra donde daba la luz del sol y miraba hacia el cielo.

—¡Ven! —me dijo—. Aprovecha la luz del sol. En este sitio, no sabes si estarás vivo mañana.

—¿Podrías ya dejar de decir cosas así? No es agradable.

—Es mejor asumir la realidad. Podríamos morir hoy.

—Bueno... yo no quiero hablar más de eso por favor —rogué.

—Por cierto, me llamo Mara. Y dime... ¿Cuál tu historia? ¿Por qué estás aquí?

—He recordado... mi habilidad, como dijiste ayer. Ah... y mi nombre es Ford.

—Bien... sí, así funciona. ¿Y cuál es tu habilidad, Ford?

Dudé por un momento en contarle. Noté que la guardia rubia, caminaba cerca de nosotros, simulando desinterés, pero me parecía que estaba absolutamente pendiente de lo que hablábamos.

—Bueno... comencé a narrar. Yo me casé joven con Naty. Ella era hermosa, única. Tuvimos dos hijitos. Yo los amaba mucho. Éramos una familia perfecta. Sin embargo, un día mientras viajábamos, me quedé dormido y caímos por un acantilado, hasta el mar. Yo... aún no entiendo cómo o porqué sobreviví, pero ellos no lo hicieron, ni siquiera uno.

—Lo siento —dijo la mujer sin mirarme.

—Aquello me sumergió en una tristeza anormal —continuó con seriedad, ya no lloraba al hablar de eso—, que no hallaba como mitigar. Me estaba volviendo loco sin ellos. El dolor, la pérdida, sentía que no los podía manejar. Así que un día, tratando de alterar mi realidad o de hacerla menos insoportable, usé una droga alucinógena. Aquello fue surreal... la experiencia... lo que pasó.

—¿Qué pasó? —preguntó Mara.

—Cuando consumí el alucinógeno empecé a ver a la señora Candace, sentada allí en la sala de mi casa. Ella era una anciana que murió en el departamento de arriba cuando yo era niño, y comencé a verla, a

escuchar de nuevos sus quejidos constantes. Allí en mi casa. Los ojos de las personas en los cuadros se iluminaban y se reían de mi tapando su boca con la mano. La casa estaba sombría, pero de repente la luz en la cocina se encendió, y sentí que allí, solo allí había una calidez que me era familiar. Empecé a escuchar sonidos de ollas y platos como cuando alguien cocina, y... oí las risitas de mis hijos.

—¿Por el alucinógeno? —preguntó Mara.

—Sí, solo por eso. Me fui acercando a la cocina lentamente y cuando me asomé vi a mis hijos sentados en la mesa jugando cartas. Me miraron, se alegraron, como cuando regresaba del trabajo. Tenía dos años sin verlos y de repente, estaban allí. Mi esposa, se acercó y me besó en los labios, preguntándome lo mismo de siempre, que para mí era una sinfonía, porque mi rutina con ellos había desaparecido.

—Wow... —exclamó Mara—. Que experiencia tan increíble.

—Eso no es lo más increíble. Lo más raro fue que cada vez que consumía... veía a mi familia, vivía con ellos. Así que empecé a tener una doble vida. Retomé el trabajo, todos pensaron que me estaba recuperando, pero solo ganaba dinero para comprar la droga y estar con ellos.

—Y... ¿Qué pasó después? ¿Qué tiene que ver eso con que termines aquí?

—Todo... tiene todo que ver. Yo tenía temor de que en algún momento se derrumbara la pared que dividía el mundo real de mi fantasía. El cerebro es... un órgano increíble, casi sobrenatural. Llegaba del trabajo a mi lúgubre y solitaria casa, pero cuando ingería el alucinógeno todo se llenaba de vida, luces y sonidos. A veces pasaban cosas locas, cosas que me recordaban que aquello no era real.

—¿Cómo qué? —preguntó Mara.

—Bueno... Veía un alce con traje leyendo periódico que me hablaba. Pero yo solo ignoraba esos detalles, que no eran importantes en realidad. Pero después pasó algo y más nunca pude recuperar esa alucinación.

—¿Sí? ¿Qué pasó?

—Bueno... Mantuve aquel delirio hasta que un día llegó mi papá sin aviso. Yo... había olvidado cerrar la puerta y él solo pasó.

—Te vio dentro de tu alucinación, supongo. No sé... hablando solo y así... ¿cierto?

—Sí... me encontró sentado, solo, en la mesa, comiendo en un plato vacío, hablando con mi familia. Yo estaba regañando a mis hijos sobre unos autitos que habían puesto allí, según me dijo mi papá. Pero el problema no fue lo que vio mi padre, el problema fue lo que vi yo.

—Y... ¿Qué viste?

—Empecé a escuchar mi nombre a los lejos, como si la voz latiera y se acercara. Los colores, la vista, comenzaron a cambiar, a degradarse. Mi casa era un desastre, sucia, pero yo no lo veía, todo lucía bien, iluminado, pero yo vivía a oscuras cubierto de polvo. La voz llegó de golpe, diciendo mi nombre, y me pareció escuchar el sonido de dos tubos metálicos chocando y como un remolino volví a la realidad y miré a mi papá allí de pie, viéndome horrorizado.

—¿Y tú familia?

—Había comida podrida en la mesa. No tenía ni idea de cuando la había puesto allí. Seguía alucinando en cierta forma, pero no era placentera. La piel de mi esposa se fue dispersando como si fuera arena dejando media calavera en su rostro. “¿Qué es esto hijo? ¿Qué te pasa?”, me preguntó mi papá. Mis hijos tenían la cara que reconocí en la morgue, me hablaban, pero con sus ojos y bocas cerradas, pálidos. Sentí terror y me levanté de golpe de la mesa, empujando la silla hacia atrás. Mi papá me abrazó, lloraba. Me dijo que yo era su hijo, y que no importaba lo que había hecho, él me quería. Me internaron porque actuaba como loco, y por supuesto sin la droga, perdí a mi familia. Aquella experiencia, no me permitió recuperarlos. Lo intenté al salir de rehabilitación, pero más nunca volvieron.

—Y al fin... ¿Cuál es tu habilidad y que tiene que ver con que estés aquí?

—Pues... no sé qué cambió en la química de mi cerebro usar ese alucinógeno por tanto tiempo, pero empecé a morir por la noche y a revivir con los primeros rayos del sol. La primera noche me encontraron muerto en mi habitación. Me llevaron al hospital, declararon que había fallecido y desperté en la morgue. Le di un susto de muerte al trabajador que estaba allí. Volvió a pasar y volvió a pasar y luego me dejaron de llevar, porque siempre regresaba de la muerte. No me pareció la gran cosa y quizá algún médico informó mi caso, porque a los días... desperté aquí.

—Si mueres y revives... eso es el sueño de muchos poderosos. Burlas a la muerte cada noche. Te van a picar en pedacitos Ford. Te van a estudiar cada centímetro de piel.

—Tengo que salir de aquí —le dije desesperado.

Volteamos a mirar y la guardia rubia nos veía impresionada. No nos habíamos fijado de que escuchaba mi relato. Intentó disimular luego, pero lamentablemente escuchó que queríamos escapar.

Ivy

Aquel relato me había dejado impactada. No era solo lo que aquel tipo me generaba, sus sabores, sus colores, sino que toda su vida era tragedia y fantasía. ¡Qué hombre!, pensé inquieta.

Su rara habilidad. Lo que posiblemente le harían en ese instituto que nada tenía que ver con anomalías físicas. Era una locura.

Ford, me hizo recordar a mi papá. Él era el ser más maravilloso que existía sobre la tierra y este hombre era como él o aún más bello. Me intrigaba conocerlo, saber qué llevaba dentro y qué lo hacía así de especial.

Mi padre era de noble corazón, desprendido y servicial. Nunca tuvimos mucho por eso, pero yo lo entendía y jamás me opuse o se lo recriminé. Estar con mi papá era ver un constante desborde de luz y brillo. Sus tonos violetas y verdes dibujaban sobre él una aurora boreal que lo rodeaba a diario y Ford me hacía recordarlo pero magnificado, dejándome impactada.

Terminado el receso, los llevé a sus celdas. Pronto llegaría la hora del almuerzo. Me tocaba la guardia y los escuchaba conversando a través del respiradero, pero los dejé hablar. No se los impedí.

No entendía el porqué de sus nombres. Así que mientras pasaba uno de los científicos del lugar, me aproveché de mis encantos para preguntarle la razón de los carteles: “El hombre rana” y “La mujer salamandra”.

—No debo dar esa información. Solo te diré un detalle y tú misma tendrás que averiguarlo. Él se llama el hombre rana por la rana del bosque y ella por razones obvias. Cada uno de estos anfibios tiene una habilidad y estas

personas impresionantemente también las tienen.

OBRA REGISTRADA EN SAFECREATIVE 2112059968502. DERECHOS DE
AUTOR RESERVADOS.

CUALQUIER COPIA PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA ES UN DELITO.

Capítulo 3

Capítulo 3. Una noche común en el IAF y el beso.

Ivy

Esa noche me tocaba la guardia. Pensé que sería una noche tranquila. Jamás me había tocado vigilar a los objetos de estudio. Generalmente me asignaban los azoteas y lugares así. Estaba inquieta pues esta noche vigilaría a Ford y a Mara, y ansiosa por dejarlos hablar para que contaran sus historias, pues la de ella aún me era desconocida.

Me acerqué a la puerta, pero extrañamente no conversaban, y no entendía por qué, hasta que Mara rompió el silencio.

—Ford, Ford —dijo llamándolo como un susurro.

—Dime —respondió él—. Aquí estoy.

—Tengo un mal presentimiento. Escuché a uno de los tipos en bata decir que esta noche harían unos estudios. Eso nunca es bueno.

—¿Qué crees que nos hagan? —preguntó Ford.

—No tengo idea, pero nada bueno debe ser, para que lo hagan a esta hora.

Me sorprendió sentir como mi piel se erizaba sin aviso ni razón. Miré mis brazos con piel de gallina y en ese instante lo vi entrar, al Doctor Smith, el director del instituto y la mente detrás de todo esto. Solo había escuchado comentarios sobre él, que era un tipo frío e implacable, pero verlo con mi habilidad sinestésica era otra historia.

Lo vi llegar con una amplia sonrisa de grandes dientes muy blancos. Tenía maneras educadas y saludó dándome las buenas noches de lejos. Cuando miré su rostro, lo que emanaba y producía, quedé aterrada. Este hombre parecía un engendro del infierno. Nadie podía ver lo que yo veía, pero sin duda su alma era un abismo de maldad, cavado con años de práctica al cauterizar cualquier conciencia y moral. Jamás había visto algo así, y en realidad me asusté.

Para mí, sus ojos estaban vacíos, eran dos hoyos de donde salía una materia oscura, alrededor de él se desencadenaba un caos tenebroso, de sombras y humarada espesa. Se podían ver vientos que sacudían sus negros sentimientos haciéndolos llenar el pasillo como tornados de humo

oscuro.

Al saludar sentí un sabor a azufre en mi boca, muy desagradable. Yo asentí respondiendo el saludo, no podía hablar, me sentí mareada, con náuseas y aterrada.

Me mandó a abrir ambas celdas y varios hombres se llevaron a Ford y a Mara.

—Suéltenme —decía Mara sacudiéndose—. No por favor, ¡no!

Aparentemente ella sabía algo que nosotros no, porque Ford solo se mostraba nervioso y confundido. Tuve que caminar detrás de él, pues su aura disipada la humareda del doctor Smith, su oscuridad no lograba disminuir la luz de Ford, que prevalecía.

Les hicieron entrar en cuartos separados. A Ford le llenaron el pecho con electrodos y le colocaron una malla en su cabeza llena de discos metálicos.

En la habitación de Ford, apagaban la luz y cuando estaba a punto de dormir, encendían una luz intensa y poderosa que lo dejaba cegado. Él se levantaba de golpe. Así se mantuvieron hasta el amanecer. Yo había leído sobre torturas así, para quebrar a un preso y sacarle información no lo dejaban dormir, y le daban una muy estresante noche.

—¿Lo están torturando? —le pregunté al mismo tipo que más temprano me había explicado lo de sus apodos.

—No —respondió—. Solo no lo quieren dejar dormir. Él muere cuando duerme por la noche. Quieren saber si puede morir, aunque no duerma, si se trata de la noche, la ausencia de luz solar, o si tiene que ver con el estado físico que genera el dormir.

—Ah, entiendo —contesté.

Al culminar de hablar escuché un grito desgarrador saliendo del laboratorio donde tenían a Mara.

—¡No más! Por favor —gritó ella llorando.

Mis ojos comenzaron a ponerse aguados de pura angustia, al escuchar el repetitivo sollozo de Mara y sus ruegos. Ese no era ningún instituto de anomalías físicas, ese era un centro de torturas donde los objetos de estudio no eran seres humanos, eran ratas de laboratorio. Sentí pena por ella, quien después de unos minutos salió con la mano rodeada de vendas ensangrentadas, sentada en una silla de ruedas. Tenía la mirada ida, una

expresión cansada con la cabeza ladeada, acurrucada en esa silla.

Pobre mujer, fue lo que alcancé a pensar.

A Ford seguían encendiéndole los reflectores cada media hora. Ya a las cuatro de la mañana comenzó a gritar: "¡Ah! ¡Ah! ¡Ya basta! ¡¿Qué quieren de mí?!".

Así amaneció y seguían encendiéndole la luz. También salió de allí un Ford disminuido, sentado en su silla de ruedas, aplastado. Sus colores mostraban su humor, y no tenían la misma viveza ni movilidad. Estaban matando su espíritu, disminuyendo su alma.

Sentí dolor al verlos así, angustia de no poder ayudarles.

Aquella mañana les llevamos el desayuno a su celda. Era comprensible, ninguno tenía fuerzas para salir.

Entré a la celda de Ford y estaba dormido. No reaccionó al escandaloso sonido metálico de las llaves ni al sonar la puerta al abrir. Espera ver sus colores que me encantaban, escuchar su voz con todo que me hacía sentir, pero no hubo nada. Estaba exhausto y no había color ni vida en él. Me asusté al verlo así, estaba reducido, pero vi que respiraba.

Mara también dormía en posición fetal, con su mano herida metida en su pecho. Ninguno comió, ni despertó.

Quedé preocupada por ellos.

Mi turno había terminado, así que regresé a casa. Con razón nos habían obligado a firmar un contrato de confidencialidad si deseábamos trabajar allí, y ahora comprendía el buen sueldo que daban. Todo tenía sentido.

Llegué a casa e inmediatamente entré en internet, tenía que investigar acerca de los apodos que les habían dado a Ford y a Mara.

Introduje en Google, "rana del bosque". Inmediatamente se desplegaron varias opciones. Hice click en la primera y puede leer acerca de este

anfibio y su particularidad.

La rana del bosque moría en invierno, su corazón y sus funciones se detenían, literalmente moría mientras el inclemente frío la congelaba. Luego cuando llegaba la primavera, sus órganos revivían, su corazón detenido y muerto comenzaba a latir de nuevo y la rana volvía a la vida. Eso era lo que le ocurría a Ford, pero su caso era aún más complejo, porque su muerte no quedaba suspendida, él revivía a diario.

Luego investigué la salamandra y comprendí por qué le habían hecho aquello a Mara. Este anfibio regenera completamente miembros amputados. Así que imaginé que algo le habían amputado a Mara, y solo esperarían a ver si lo regeneraba. Estaba impactada de ver sus crueles estudios. Harían lo que les provocaba con estas personas.

Tenía un par de amigos policías. Así que les pedí averiguar si había denuncias de personas extraviadas para Ford y Mara. El padre de Ford había denunciado su desaparición, así como la familia de Mara. Esto solo me llevó a concluir que detrás de todo ese instituto y sus estudios, había gente poderosa. Gente que quería burlar la muerte a toda costa o superar una mutilación, y que no tenían problema en hacer desaparecer a alguna persona que necesitaran para cumplir sus deseos.

Esa noche me costó dormir. Eran increíbles las habilidades de estas personas, significaban avances de inmenso alcance en la medicina, y comprendí que esa habilidad casi mágica, había sido su gran maldición en cierta forma.

La mañana siguiente llegué de nuevo a mi trabajo. Como yo había atrapado a Ford, me siguieron encargando del cuidado de las celdas, lo cual era una ventaja para mí. Ellos me intrigaban y me cargaba lo que les hacían. Algo tenía que hacer.

Mi compañero fue a fumar, yo sabía que tardaría unos minutos. Pasé a ver a Mara y estaba desanimada, no hablaba y sostenía su mano aun envuelta en aquella gasa ensangrentada.

—¿Cómo te sientes? —pregunté tratando de ser amable.

—¿Qué te importa? —respondió sin mirarme.

—¿Qué te hicieron?

—No es tu problema —dijo acostándose en su cama dándome la espalda.

Luego pasé a ver a Ford. Me preparé respirando profundo antes de entrar por todo lo que él generaba en mi.

Entré y estaba sentado, también con la mirada perdida.

—¿Cómo estás?

Él no contestó, sino que me miró con sus bellos ojos. Al verlo me pareció que brillaban con un destello único. Me sentí conmovida, y mis ojos se pusieron llorosos, sus colores habían vuelto, moviéndose a su alrededor.

Me miró, se puso de pie y caminó hacia a mí. Me sentí nerviosa y quedé allí inmóvil.

—¿Qué me ves? —preguntó colocándose frente a mí, muy cerca.

—Nada—respondí manejando lo mejor que podía las sensaciones que se despertaban al oír su voz.

—Mentirosa. Algo te pasa cada vez que me ves. Creo que te gusto —dijo con altivez, acercándose un poco más.

—¿Qué te pasa? ¿De qué hablas? Sólo vine a ver cómo estaban.

—Y... ¿Por qué te importa como estamos? —habló acercándose aún más.

Ya estaba tan cerca de mí que veía su nuez de Adán moverse cuando tragaba saliva.

—Me recuerdas a mi esposa Naty —dijo colocando mi cabello detrás de mi oreja.

—No me toques —le dije con aprehensión, retrocediendo un poco.

Él avanzó. Yo retrocedí aún más. Ford sabía que me ponía nerviosa y eso me fastidiaba. Es un problema cuando un hombre se da cuenta de eso, porque se aprovecha.

—Creo que aquí me van a matar, no me queda mucho tiempo —dijo posando su mano en mi cuello y cuando hizo eso escuché susurros de campanillas.

Yo jamás había sentido algo así. *¿Qué me está haciendo este hombre?*, me pregunté.

—¿Qué haces? —Alcé mis ojos para encontrarme con los suyos.

—Nada. ¿Acaso me ves haciendo algo? —preguntó con seriedad.

Durante toda esta conversación los sabores a chocolate y azúcar bailaban en mi boca, libres.

—N... —Intenté hablar.

Pero sin entender por qué Ford me besó, tomando mi cuello con fuerza. Mis sentidos se volvieron locos, como si entraran en corto circuito, tenía las sensaciones más extrañas y las más hermosas.

El sabor a granada ácida y dulce estalló en mi boca, abrí mis ojos y un crepúsculo de tonos anaranjados y violetas descendía sobre nosotros, saltaban burbujas y números de colores. Me asusté, así que los cerré de nuevo, mientras Ford se adentraba entre mis labios. Era el mejor beso que jamás me habían dado, por lo que sentía y porque aquel desconocido besaba muy bien. Su tacto se sentía como si estuviera acostada sobre algodón y plumas. Era suave y tierno y me parecía escuchar murmullos de voces agudas a lo lejos.

Me separé de golpe cortando la absorción de sus labios que hizo un sonido.

—¿Qué te pasa? ¡Suéltame! —Reclamé empujándolo. Simulando que aquel beso sobrenatural me desagradaba.

Él solo me miró y sonrió con sarcasmo.

—No sé qué te pasa conmigo, pero eres una mujer muy obvia. La más obvia que he conocido. Deberías practicar tu disimulo, no sea que un tipo por allí en la calle se confunda con tus llamativas señales de "Bésame, estoy disponible" —dijo sonriendo.

—Yo no estoy disponible —respondí molesta—. Que idiota eres, y creído. Solo quería saber cómo estaban, lo mismo le pregunté a tu amiga. Vi lo que les hicieron la otra noche, eso es todo.

—Tranquila —respondió calmadamente sentándose en su cama—. Fue un tierno beso. Me gustó, de hecho. Cuando quieras podemos repetirlo. Me estoy volviendo loco aquí —añadió cambiando el tema abruptamente como si nada, cuando yo había quedado tan desajustada.

No entendía cómo sus colores eran tan hermosos siendo tan idiota.

No contesté nada y salí molesta para encontrarme con mi compañero que me preguntó sin rodeos:

—¿Qué hacías allá dentro?

OBRA REGISTRADA EN SAFECREATIVE 2112059968502. DERECHOS DE AUTOR RESERVADOS.

CUALQUIER COPIA PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA ES UN DELITO.

Capítulo 4

Capítulo 4. Los sentimientos de Mara. Planificando el escape.

Ivy

—Nada, no hacía nada —respondí con seguridad, mostrando control y convencimiento—. Lo vi allí desconectado y pensé que estaba muerto o que algo le había pasado.

Mi compañero me vio extrañado con el ceño fruncido. Obviamente no me creía nada, pero yo me mantuve segura en lo que había dicho, sin prestarle mucha atención.

Pasé mi mano por mi boca inhalando profundamente, recuperando la compostura, quitando las arrugas de mi uniforme. En realidad, no hallaba qué hacer, pues todavía estaba tratando de componerme después de aquel beso, o debería decir mejor, después de aquella experiencia, porque eso fue. No era mi primer beso, pero en cierta forma sí era el primer beso que sentía con aquella intensidad.

Me molestó la actitud de Ford, sentí cierta rabia. Me besó y luego cambió el tema como si nada, fui como un entretenimiento para él, una broma. Yo había quedado temblorosa, pero me parecía que para él solo había sido un juego. Así que no sabía cómo, pero lograría que ya no me viera de ese modo, como "una mujer muy obvia", y me encargaría con empeño de eso.

Debíamos llevarlos a desayunar de nuevo. Sacamos a Ford y procuré ni siquiera mirarlo, lo cual logré con efectividad. Luego pensé que debía actuar con normalidad, no evitándolo y pensé de nuevo que era una tonta.

—Llévalo —le pedí a mi compañero, para librarme de lo que me hacía sentir.

Él me siguió con la mirada, lo vi de reojo, pero hice como que no me importaba. También saqué a Mara, pero ella sí se veía mal, apagada, con el semblante oscuro y la cabeza baja.

Ford inmediatamente la abordó preguntándole cómo estaba, pero Mara no contestó. Se preocupaba por ella, y allí empecé a ver el buen corazón que él tenía, pero aún faltaba mucho por descubrir y para entender los colores de su aura, me parecía.

Después del desayuno, nuevamente los llevamos al patio de tierra donde se les permitía caminar. Era un lugar deprimente, a decir verdad, pero era más espacioso que sus celdas.

Sin mediar palabra alguna, Mara se sentó donde siempre, en el lugar donde daba el sol, mirando hacia el cielo con los ojos cerrados. Ford se sentó junto a ella.

Comencé a caminar cerca de ellos como animal encerrado, de aquí para allá. Empecé a memorizar donde estaban las cámaras y hacia donde apuntaban. Generalmente había puntos ciegos en estos espacios y yo tenía que saber cuáles eran, para lograr lo que tenía en mente.

—¿Qué te hicieron, Mara? ¿Por qué no me dices nada? —cuestionó Ford preocupado.

Mara comenzó a llorar de una forma extraña porque, aunque sus lágrimas salían, ella no sollozaba y me pareció que era una mujer fuerte. Sin embargo, sus colores no me convencían del todo. Ella no tenía la típica aura de la gente común, el alma de Mara era más oscura, como si sus sentimientos y motivaciones no fueran nobles ni genuinas. Su voz sabía a metal y eso también era extraño, para mi solo significaba una cosa, según mi experiencia, no era sincera y sus motivaciones eran más egoístas, pero aún no podía asegurarlo.

—Dime Mara, ¿qué te hicieron? —Insistió Ford—. Dime por favor.

Él tomó el rostro de ella entre sus manos, y me pareció que era dulce en el trato que le daba, muy distinto a la forma burlesca en que me trató a mí.

Ella miró sus ojos con deseo y añoranza, siendo yo mujer supe rápidamente lo que pasaba en Mara, también le gustaba Ford y no era para menos, el tipo tenía su encanto, sin siquiera ver sus colores ni nada de lo que yo veía, lo cual lo hacía más trascendental para mi.

Mara solo lloró y se acurrucó en el pecho de Ford. Él la abrazó y la consoló

un rato.

—¿Qué te hicieron? ¿Por qué estás así tan apagada y con esa mano vendada? —Volvió a preguntar.

Mara comenzó a quitar la venda que rodeaba su mano con movimientos circulares de su otra mano.

—Me cortaron dos dedos —dijo con la voz quebrada—. Escuché mis huesos crujir cuando lo hicieron. Me los aplastaron con una prensa como si fueran de arcilla.

Seguía quitando la venda mientras hablaba. Yo caminaba cerca de un lado a otro con disimulo.

Cuando terminó de quitarla Ford y yo quedamos impresionados, pues ya se veían dos mini dedos comenzando a crecer, con algo de movilidad. Fue bizarra la imagen, casi alienígena y a la vez milagrosa. No lo podía creer.

Ford se quedó sin palabras, sin duda Mara era “la mujer salamandra”.

—Tengo miedo Ford —continuó ella—. Me van a quitar un brazo, una pierna, o la cabeza tal vez. Tengo miedo de lo que me harán —culminó diciendo acurrucándose de nuevo entre sus brazos.

Esa noche llegué a la casa impactada. Para mi sorpresa estaba Jeff allí, mi novio. Nos saludamos con cariño con un buen beso y un abrazo.

Me sorprendió porque no esperaba verlo hasta dentro de una semana pues estaba de viaje por su trabajo. Mi novio tenía buen corazón, pero lo que tenía de buenazo, lo tenía de ingenuo, o eso pensaba yo. No podía hablar con él nada sobre el instituto, pero él notaba que yo estaba alterada e inquieta, pues después de tres años de relación, me conocía.

—¿Qué te pasa? —preguntó mientras cortaba unos vegetales para la cena.

—Nada —respondí sentándome en la barra de la cocina.

—Algo te pasa. Te conozco.

—No me pasa nada, mi amor —culminé retirándome a mi habitación.

Pensaba con ideas que me pasaban rápidamente por mi mente. Me preguntaba cómo podría ayudarlos a salir de allí. Era cierto que a Mara terminarían cortándole la cabeza y quien sabe qué más le harían a Ford.

Sin embargo, esa noche, después de cenar, Jeff se paró en el marco de la puerta de nuestra habitación y me dijo:

—Necesito hablar contigo. Hay algo que me ha carcomido el alma últimamente.

Era verdad, había visto sus colores cambiar gradualmente a unos extraños grises, y solo estaba esperando que me dijera.

—Tengo algo que confesarte... —Hizo una pausa prolongada como si no le salieran las palabras— Me he estado acostando con Agnes en tus días de guardia.

Agnes era mi mejor amiga, aunque en realidad después de escuchar aquello comprendí que jamás lo había sido realmente.

Yo me senté en la cama.

—¿Qué? —cuestioné con incredulidad.

—Sí, ya no puedo seguir engañándote con eso, ni quedarme callado. Tenía que decírtelo sea cual sea la consecuencia. Me siento muy mal, mi amor, por lo que te he hecho.

Yo inicialmente no decía nada, no podía creerlo. Me quedé algo ida pensando, mis ojos se pusieron aguados porque Agnes iba a mi casa cada fin de semana, yo compartía todo con ella y me esmeraba por atenderla y que estuviera bien.

Luego me detuve a pensar que ella era amiga de Jeff desde hace mucho más tiempo. Él ya me había contado que tuvo problemas en una de sus relaciones anteriores por acostarse con Agnes. Pensé que había sido una tonta, ya me habían avisado de algún modo que aquello podía pasar, pero como una boba no lo vi venir o decidí no hacerlo.

—Ustedes me vieron la cara de idiota, ¿no?

—No, no es así, mi amor.

—Quiero que te vayas ya, y más nunca me busques, ni regreses.

—Sé que estás molestas, podemos conversarlo luego.

—Vete Jeff.

—Cuando se te pase la rabia... podemos hablar. No quiero hacerlo más. Yo estoy confesando lo que hice porque te quie...

—¡Vete ya! —Grité interrumpiéndolo—. ¡No quiero verte de nuevo, jamás!, ni quiero que se me pase la rabia, quiero tener este enojo por siempre para nunca más permitir que te me acerques.

Él se dio cuenta de lo molesta que estaba y se retiró sin decir nada más.

Me quedé acostada y se me salieron unas lágrimas, no eran de tristeza sino de ira, eran calientes como si hubiesen pasado por un fuego de pura furia. Yo pensando que Jeff era ingenuo y al final la única ingenua en esta relación era yo.

Pasé la noche pensando en cómo ayudar a Ford y a Mara. Jeff había dejado caer una bomba y yo ni siquiera pensaba en eso, quizá eso que pasó había sido lo mejor, tal vez ya no lo quería y al final Ford parecía tener razón... yo era una chica "disponible" y al parecer llevaba un cartel en la frente que se veía claramente y más rabia sentí.

A la mañana siguiente llegué a trabajar y ya tenía en mente una idea de lo que haría para ayudarlos, pero tenía que ser cuidadosa. El lugar estaba lleno de cámaras, debía memorizar sus ubicaciones y recordar los puntos ciegos. Sin saber por qué, sentía que no tenía mucho tiempo. Al menos inicialmente tenía que avisarle al par de anfibios que algo para su liberación estaba en marcha. Debía pensar y actuar rápido.

Llegué un poco más temprano de lo habitual y llegué con un par de cafés para los guardias de las cámaras. Las que más me interesaba identificar para comenzar eran las del comedor y las del patio. Empecé a hablar con ellos sobre cualquier cosa, como lo aburrido que era ver esas cámaras. Me acerqué al panel de controles y me incliné mirando las pantallas haciendo sobresalir sensualmente mis glúteos. Yo conocía a los hombres y ya imaginaba que su mirada se había desviado... *¡y listo!*, pensé. Ya tenía los puntos ciegos del comedor y del patio. Ahora comenzaría mi plan y debía informarle a Ford y a Mara. Sin embargo, uno de los guardias me

sorprendió diciendo:

—Y... ¿Qué tal besa el hombre rana? —Él otro soltó una carcajada.

—¿Qué? —pregunté sin poder creerlo. Ellos me habían visto.

—No te hagas la loca. Vimos como el tipo se te acercó y te besó. Hicimos una apuesta. Entonces... ¿Besa bien o besa mal? —preguntó aguantando la risa.

—Ah... pues... besa muy bien —contesté.

Ellos se comenzaron a burlar "Págame, te dije que le había gustado. Duró mucho ese beso". El otro le entregó un billete de mala gana. Yo solo sonreí falsamente y salí de allí con la mayor vergüenza del mundo.

Llegué a mi puesto de trabajo puntualmente, las celdas de los objetos de estudio. Primero saqué a Mara y se la entregué a mi compañero. Luego entré a la celda de Ford, el me miró con una altanera sonrisa que odié.

—¡Hola! —le dije colocando las esposas.

—No te ves bien —me dijo buscando mi mirada.

En realidad, no había dormido nada. Sabía que debía mantenerme serena, ya Ford me estaba cayendo mal, aunque me gustara.

—Pues sí... no dormí bien —respondí mientras halaba sus esposas.

—¿Y por qué? —preguntó con curiosidad.

—Lo sabrás en tu comida —respondí sin mirarlo.

OBRA REGISTRADA EN SAFECREATIVE 2112059968502. DERECHOS DE AUTOR RESERVADOS.

CUALQUIER COPIA PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA ES UN DELITO.

Capítulo 5

Capítulo 5. Escúchame.

Ford

Aquella mañana desperté apoyado en mi codo mirando por encima a Ivy. Estaba muy bonita, era como si fuera mi esposa Naty, pero sin serlo.

No sabía cómo pero el sol daba en su bonito rostro. Ella cerraba sus ojos respirando el aire profundamente y yo pasaba mi dedo acariciando la piel de su cara.

Le di un breve beso que correspondió. Ella acarició mi rostro y me dijo: "Escúchame". Yo asentí, pero Ivy volvió a decir:

—Es en serio... escúchame.

—Te estoy escuchando —contesté.

—Ford... Escúchame —dijo con rostro angustiado tomándome con ambos puños cerrados apretando el cuello de mi remera.

Y desperté en mi celda.

Me resultó muy extraño el sueño. Las cosas que sentí allí con Ivy, pensé que jamás las sentiría de nuevo y me preguntaba si aquello tenía un mensaje oculto en mi subconsciente pues ella repetía "Escúchame" con insistencia.

Llegó la bonita guardia que se mostraba preocupada por nosotros y el nombre en su uniforme era Ivy, efectivamente. No recordaba haberme fijado en eso antes, pero mi cerebro sí lo había hecho de algún modo.

Ella se comportó evasiva, esquivando mi mirada mientras me esposaba para sacarme de la celda. Tenía el semblante cansado y traté de hablarle, de preguntarle, pero no me dijo gran cosa.

No entendía por qué de repente empezaba a soñar con ella, quizá porque me recordaba a Naty, o tal vez porque simplemente me comenzaba a

gustar.

Le pregunté que por qué no había dormido bien y me dio una rara respuesta: "Lo sabrás en tu comida". Aquello no tenía sentido, pero recordé mi sueño, recordé que Naty a través de Ivy, o no sé... me decía que la escuchara. Así que eso haría.

Nos llevaron al comedor, pero nos sentaron en una mesa diferente esta vez. Los guardias buscaron nuestras bandejas de comida y nos las entregaron.

Vi como la guardia Ivy le decía a su compañero que aprovechara para fumarse un cigarrillo. Así que el otro tipo se fue hacia la ventana.

Mara y yo comíamos y mientras picaba mi trozo de carne vi un papel pequeño que estaba debajo. Me pareció extraño aquello. Alcé la mirada, pero a nadie parecía interesarle eso. Lo leí con disimulo y decía:

"Ayudaré escapar.

Comer papel"

No entendía por qué la nota estaba escrita como si hablara Yoda, supuse que por practicidad. Alcé la mirada de nuevo y Ivy me veía. Cuando se encontró con mis ojos asintió alejando su mirada y supe inmediatamente que ella había escrito eso. Recordé mi sueño donde me decía que la escuchara. Moví mi cabeza en señal de afirmación, sin verla, tomé el papel con un trozo de carne y me lo comí.

Entonces... ella nos ayudará, pensé. Así que sonreí mirando mi plato.

—¿Por qué sonríes? —cuestionó Mara.

—Te lo diré en el patio.

Terminamos de almorzar y como siempre nos llevaron al patio de tierra, solo que esta vez Ivy nos obligó a sentarnos en otro lugar y de nuevo lo único que hice fue escucharla.

Allí comencé a contarle a Mara mi sueño con Ivy y lo del papel en mi comida. Sin embargo, noté que ella se mostraba molesta y veía a la guardia con malos ojos.

—¿Qué te pasa? —le pregunté—. Nos ayudará.

—No confío en ella —respondió con desdén.

—Pues es nuestra única opción, Mara. No importa si no confiamos en ella.

La guardia paso cerca de nosotros y un pequeño papel cayó sin querer.

Lo miramos y luego nos miramos.

Tomé aquel pequeño trozo que decía:

“Revelar plan poco a poco. Memorizar”

Recordé lo que me había indicado con el anterior pedazo de hoja, así que me lo comí, de nuevo, aunque tuviera tierra. Ya nada me importaba.

Ivy

Esa noche estaba de guardia una vez más. Imaginé a Jeff revolcándose con Agnes cada vez que tenía aquellas fulanas guardias de veinticuatro horas. Al final había sido lo mejor, que aquello pasara y que me lo dijera. Era como si mis ojos estuvieran claramente abiertos y comprendiera mejor lo que esperaba de la vida.

El misterioso y esquelético doctor Smith apareció de nuevo con sus grandes dientes y sus ojos que destilaban aquella brea viscosa y polvorienta a la vez. No me gusta encontrarme con él, por las cosas que me hacía sentir. Desgraciadamente habló y regresó a mi boca ese sabor que supuse era azufre sin saber mucho por qué, pues nunca lo había saboreado.

Se llevaron a ambos objetos de estudio en camillas.

En esta oportunidad los internaron en unos extraños cuartos completamente cubiertos de cerámicas rectangulares y pequeñas del mismo color verde agua. Jamás había visto habitaciones así, con cerámicas hasta en el techo y eso solo me hizo imaginar con terror las razones de aquello. Era un lugar que podía limpiarse fácilmente desde el techo al suelo sin dejar rastro alguno de nada. Sentí miedo de lo que le

harían allí a Ford.

OBRA REGISTRADA EN SAFECREATIVE 2112059968502. DERECHOS DE
AUTOR RESERVADOS.
CUALQUIER COPIA PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA ES UN DELITO.